
Francesc-Marc Álvaro



Autocrítica de Montilla

El mal del actual socialismo español es la falta de coraje y la inconsistencia. El mal del actual socialismo catalán es un exceso de poder y un déficit de ideas para gestionarlo. Así las cosas, no debería pasarse por alto el interesante discurso leído por José Montilla el pasado viernes, en el acto de clausura del encuentro Next Left de reflexión sobre el socialismo europeo. El líder del PSC ha hecho un diagnóstico descarnadamente realista de los males que aquejan a los partidos socialdemócratas hoy. Sostiene que deben superar dos tentaciones, que son contradictorias: de un lado, “la tentación conservadora”, que resume como “más intervencionismo estatal”; del otro, “la tentación futurista”, que identifica con una huida hacia adelante que difumina el propio perfil a cambio de “converger con nuevas tendencias progresistas y ecologistas”. Montilla es rotundo al respecto: “Son dos opciones que, asumidas radicalmente, ni suman ni sirven para avanzar”. Nunca, hasta hoy, el president había hecho una autocrítica tan lúcida y contundente de la experiencia del tripartito catalán, del suyo y del que presidió Maragall.

Aunque el asunto del discurso de Montilla es el desconcierto socialdemócrata en general, es evidente que el candidato del PSC habla de lo que más conoce. Si algo identifica al tripartito es una mezcla explosiva de conservadurismo intervencionista y futurismo retóricamente ecologista, producto inevitable de los equilibrios inestables de una coalición gubernamental en la que los pequeños han buscado, de forma suicida, remarcar el perfil propio para satisfacer a sus parroquias. La última decisión del Govern de subir el IRPF “a las rentas más altas” (cuando, en realidad, la medida sólo se dirige a los sueldos altos, que es otra cosa) es un ejemplo perfecto de cómo el socialismo responsable acaba cediendo, por inseguridad, a la demagogia de los poscomunistas, empe-

ñados en olvidar la mejor tradición realista y pragmática del PSUC y del PCE.

El tripartito “no sirve para avanzar”, por utilizar los términos empleados por Montilla. Aunque haya sumado siglas, la experiencia que arranca con el Acord del Tinell del 2003 no ha

El doctor Montilla hace un buen diagnóstico, pero llega muy tarde

conseguido sumar consensos sociales, al contrario. Montilla, que se publicitó como campeón de los hechos, ha acabado paralizado por el verbalismo táctico y el radicalismo ideológico más burdo. Y el radicalismo ideológico –según afirmó Montilla el viernes– no es nada más, en el fondo, que “una manifestación de impotencia política”. He aquí un autoexamen inusualmente sincero, del que debieran tomar ejemplo Carod, Saura y, por supuesto, Zapatero. Con todo, lo mejor del discurso de Montilla es la severidad con que llama a extirpar lo que considera “vicios muy arraigados” en la izquierda, como “la arrogancia, derivada de una falsa creencia sobre una supuesta superioridad moral” o “el purismo que nos condena a la inacción”. El doctor Montilla hace un buen diagnóstico. Pero este llega demasiado tarde.